

# El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7-50  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

NÚM. 251

Sevilla—Jueves 31 de Octubre de 1901

AÑO XXV

## Los presupuestos

Por fin se han vencido las dificultades que existían entre los ministros de Hacienda y Obras públicas, y ya se pueden presentar a las Cámaras las modificaciones introducidas en el proyecto de presupuestos.

Pocas son las novedades, y éstas no alteran la estructura ni difieren en gran parte del sometido ya a estudio de la comisión.

De aquello de la reorganización de los servicios no queda más que el recuerdo de las promesas y de los ofrecimientos hechos por el partido que gobierna cuando en la oposición combatía a los conservadores.

De manera que transcurre un año más sin que el Gobierno procure otra cosa que ir viviendo y desviar de sí toda iniciativa que pueda ser causa de debate.

Seguiremos, pues, como el año pasado, y lo mismo que antes del desastre.

Hay que evitar todo género de dificultades para preparar la jura del rey, aunque para esto haya que sacrificar los intereses nacionales y las conveniencias de los elementos liberales.

Es verdad que el Gobierno carece de fuerzas para acometer empresas, pero por esto mismo debiera marcharse, porque no impunemente se engaña al país un día y otro día.

Habremos, pues, de conformarnos con el presupuesto casero de Sagasta, de acuerdo con los conservadores y con la aquiescencia de los hombres de la famosa concentración, que pasará a la concentración regia, y después a la *Gaceta*, tan rápidamente como convenga al Gobierno, para dar por terminada la labor parlamentaria del año actual, y mandar a su casa a los diputados, para que en la santa paz del hogar celebren placidamente las Pascuas.

Los consumos seguirán avergonzándonos; el Banco, dueño y señor de la fortuna nacional; los cambios irán en aumento; la deuda, creciendo; disminuyendo los ingresos y aumentando la importación en la misma medida que nuestra industria decae y nuestra producción se aminora. Es decir, que aquí no ha pasado nada.

Y como hemos convenido que no se debe disgustar al Papa, por miedo a la excomunión, ni se puede tocar a las órdenes religiosas, ni disminuir el presupuesto del clero, ni llamar la atención de los obispos acerca de los abusos que se cometen a la sombra del poder divino, que dicen ellos representar, seguiremos pagando esas crecidas sumas consagradas a la salvación del alma, mientras el cuerpo perece de inanición y la miseria se enseñorea de muchas comarcas en la misma relación del desprestigio moral.

Aparte consignar en el presupuesto una partida para el pago de los maestros de escuela, no hay otra novedad de importancia, y el jurado habrá de seguir con las mismas deficiencias y los mismos vicios que señaló el ministro en la apertura de Tribunales, y las Obras públicas sin desarrollarse, y nuestras defensas en proyecto, quedando de ellas sólo los viajes veraniegos del general Weyler.

El carro, atollado en medio del barranco, no haya cuidado que pueda salir al camino, si el pueblo no se decide a arrojar la mercancía.

Se han cumplido nuestras predicciones, y en esta ocasión hemos sido profetas, pero sin mérito alguno, porque cuando se predice que los gobiernos de la regencia son ineptos é incapaces de hacer nada beneficioso para el país, se acierta siempre; por eso cuando hacemos aseguras que ni habría reformas ni reorganización de servicios, ni presupuesto propiamente dicho, teníamos conciencia de nuestro acerto, gracias a una larga experiencia y a la observación de los hombres y de las cosas; y, créannos nuestros lectores: la monarquía no puede acometer ninguna empresa difícil que pueda producir controversias, y menos dar origen al choque de intereses particulares, porque en el desarrollo de la contienda pueden acentuarse las opiniones y tomar color subido los debates, aposonar los ánimos y llegar a un estado de revuelta en que no llevaría la mejor parte.

Por eso las cosas siguen y seguirán así hasta que haya un cambio radical.

A. A.

## Murmuraciones

Vamos a hablar un poquito de la venta del antiguo edificio destinado a Seminario conciliar, ya que, mediante el cariño hacia Sevilla de un senador que es sevillano, pero que no ostenta su representación por nuestra ciudad, sino por Toledo, se ha hablado del asunto en el alto cuerpo colegislador.

El Sr. D. Luis Palomo, a quien le afectan las cosas de Sevilla como cuestiones de casa, sin hacer aspavientos de ninguna clase, y sin echar cuentas quizá en que padiera malquistarse con esos elementos que venden la túnica de Cristo, la cobran, y luego que reclaman; aprovechando la ocasión de que el señor arzobispo de Sevilla se hallaba en el Senado, sacó la cuestión a relucir, para que el señor Spínola diera las explicaciones conducentes al caso.

No se dejó esperar, y el Arzobispo, el virtuoso pastor de la diócesis, se encontró obligado a decir algo.

Y aunque *este algo* todos lo sabemos, conviene dejarlo consignado, porque al fin ha salido de la propia fuente de la verdad: de la boca del venerable pastor.

El señor Arzobispo de la diócesis declara que donde dijo digo no dijo digo, sino que dijo Diego.

Efectivamente: a dicho señor le habían hablado en representación del Ayuntamiento de Sevilla para sí, como se decía, se efectuaba la venta de dicho edificio—de cuya venta se hablaba ya entre todos los católicos ricos y negociantes—podía contar la Corporación popular con la primacía, por ser de utilidad pública la adquisición del edificio susodicho.

Con este motivo, el virtuosísimo pastor de la diócesis se deshizo en ardiente amor para la ciudad, a la que quería como si la hubiera parido, pero... tenía que consultarlo con el Nuncio; todavía no había acordado nada en concreto, etc., etc., aun cuando ya—según todos los antecedentes—tenía en su poder dinero del Sr. Calvi a cuenta del negocio, *sin interés* por supuesto, sino por amor a la Santa Iglesia católica y a las barbas del Espíritu Santo.

Sea como fuere, sucedió... que como el Ayuntamiento de Sevilla no le había podido pagar a la Iglesia los gastos de Semana Santa, es decir, que los canónigos habían trabajado, cantado y llorando por la muerte de Cristo, y no habían cobrado el jornal, no le pareció prudente ir al municipio a ofrecerle lo que el municipio había solicitado, porque... si no pagaba el trabajo de llorar y rezar por la muerte del Señor, ¿cómo iba a comprar el edificio mencionado, que, si para el Sr. Calvi se ha elevado a 35,000 duros por una parte y 15,500 por otra, sumando 50,500 duros, para el Ayuntamiento se elevaría, por mucho favor que quisiera hacer el venerable pastor, a dos millones de reales?... Era imposible.

Además... se necesitaba dinero, y la Iglesia, como todos sabemos, aunque se lleve el copón, jamás tiene un cuarto... Es pobre, pobre de solemnidad!

El Sr. Spínola, aunque es riquísimo, no puede disponer de las sumas necesarias, porque su capital lo tiene todo destinado a otros empleos para gloria de Dios y beneficio de la lucha particular.

Por todas estas razones, le fué cedido al señor Calvi el negocio en cuestión.

Ahora... vamos a encontrar la pastora de este geroglífico.

Voy, en primer lugar, a mandarle un abrazo muy apretado al senador por Toledo, mi queridísimo amigo—también tengo amigos senadores—el Sr. D. Luis Palomo, porque, al inmiscuirse en este asunto, ha demostrado dos cosas: Primera, que no se anda con tapujos ni resquemores, y le importa poco el qué dirán. Y segunda, que no se olvida de que es sevillano, y que, siendo senador por Toledo, es siempre, y será, defensor de los intereses de Sevilla.

Cumplido este deber, que estimo imperioso, porque Sevilla está sin voz ni voto en los cuerpos colegisladores, vamos a explicar lo que sucede en este asunto, por si podemos lograr que alguien vea claro en este negocio tan oscuro.

Hay que partir del principio, y el principio es lo siguiente:

¿Quién es el dueño del Seminario, es decir, del edificio en cuestión?

¿La Iglesia ó la Hacienda?

Cuando esta venta se sacó a relucir, por la Hacienda de Sevilla, ó por sus dependientes, se dijo claramente que el edificio susodicho procedía de los bienes de la desamortización, y que estaba cedido a la Iglesia en tanto ésta lo utilizara para Seminario, y que una vez que no tuviera tal empleo, se revertía al Estado.

Y se citó la Real orden hache, y la Ley tal, y el Decreto cual, y hasta el legajo en donde estaban los comprobantes.

Hoy no parece dato alguno. En Hacienda están con los ojos vendados: ni se asegura, ni se niega.

El negocio estaba meditado a las mil maravillas, y así parece que se hará.

Sin decir oste ni moste, la Iglesia vende a un su amigo queridísimo, con la condición—de palabra—que si el Ayuntamiento de Sevilla le pide el terreno que necesita para el ensanche, se lo ceda en el mismo precio que ha hecho la compra.

Como la venta esa del edificio es sobradamente litigiosa, y probablemente nula el día que no tuviéramos un gobierno clerical que se humilla y besa las sandalias del Nuncio, tal como se dice hecha, tiene todos los caracteres de un abuso, ó de un timo al Estado, uno de tantos timos como le da la Iglesia católica nuestra santa madre.

En manos de un particular, peligraría para el día de mañana; pero en posesión del Ayuntamiento, ó sea de la ciudad de Sevilla, una parte, la más pequeña... ya es otra cosa.

El Sr. Calvi venderá enseguida, y hasta si se quiere a cobrar cuando se pueda, con tal de asegurar el negocio de haber comprado por una bicoca miles y miles de metros cuadrados en una de las vías más importantes de la ciudad, cuyos metros, edificados, subieran a una cantidad fabulosa.

¿Y por qué vendería?

Porque así asegura su propiedad.

Mañana que se suscitara esa cuestión, ya no lucharía el Estado con un Juan Particular que se llama Calvi, sino con él, con el Ayuntamiento de Sevilla, en posesión de una parte, y con la mitra, percibidora de la suma en que se tasó la venta.

Y la cuestión es de un caiz disunto del que puede tomar si el Ayuntamiento de Sevilla no cae en el cebo preparado con este escándalo.

¿Qué deberían hacer, lo mismo el municipio que los diputados y senadores, si, efectivamente, tuvieran amor a la ciudad?

Partir desde el principio.

Conminar al Estado a que declare si el edificio en cuestión es, como de positivo se aseguró con peios y señales, sin que por nadie fuera desmentido, procedente de los bienes de desamortización; porque si es así—¡que será!—el Ayuntamiento de Sevilla va a pagar el dinero por aquello que pudiera conseguir gratis.

La venta del Seminario de Sevilla es un contrabando parecido al que quiso hacer cierto maestro de escuela por un fielato.

Metiéndose debajo de la capa un cabrito, y al preguntarle el consumidor:

—¿Qué lleva usted ahí?

Como le contestara el maestro:

—¡Un violón!—dijole riendo el dependiente del Consumos:

—Pues tápelo bien, porque se le ven las orejas.

Y eso digo yo:

Al negocio de la venta del Seminario de Sevilla se le ven las orejas.

Y ya ven ustedes, señores neutros; señores y sañoras que no sustentáis opinión por no malquistarse con nadie.

En donde la Iglesia católica nuestra santa madre mete el cuevo, maldita la virginidad ni pureza que existen.

Todo es chalanería, negocios de gitanos, ropas sucias, engaño... ¡pero mucho Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y... échate para allá que dejó vacio el sagrario!

Ni un acto de desprendimiento, ni de amor, ni de generosidad... ¡Dinero, dinero, dinero!

Porque aun suponiendo—que es suponer gratuitamente—que el edificio en cuestión fuera de la Iglesia nuestra santa madre, nuestra santa madre no habla de ver con malos ojos que se le cediera a la ciudad de Sevilla el terreno que necesita para su embellecimiento.

Pero... ¡quial!

Aquí no hay más santa madre que el egoísmo más inhumano, el desprecio más indigno, la avaricia más censurable, el afán de riqueza y poder a toda costa y por todos los medios, sean lícitos, sean ilícitos.

Si lícitos... eso nos hallamos.

Si ilícitos... la Iglesia lo perdona mediante una gratificación.

¡Arre, país católico!

¡Entrega en la tierra el reloj, que allá en el cielo te dirán gratis la hora que es!

CARRASQUILLA.

## Todo es... ¡eso!

Los violentos ataques de *El País* a la más elevada representación de la *vernocracia* política, modernísima clase social cuyos privilegios ha consagrado la costumbre, y el superficial de-

bate suscitado por el señor Romero Robledo en el Congreso, han puesto nuevamente en moda el sugestivo tema de la moralidad pública.

Se pierde en la memoria el recuerdo de infinidad de campañas análogas, unas veces dedicadas a sanear el ambiente municipal, otras a descubrir los móviles secretos de los grandes contratos y concesiones. La Trasatlántica, la Tabacalera, los ferrocarriles, las minas de Almadén y Río Tinto, las escuadras, cada nuevo empréstito y cada arriendo ó cesión, suscitaban iguales ó parecidos artículos en la prensa, y casi los mismos discursos en las Cámaras, sin que ni por casualidad siquiera, apesar de la certeza con que en privado se unieron y se unen nombres prestigiosos a infinidad de delitos definidos en el código, resultara un solo condenado. Todos hubieron de salir purificados del inagotable Jordán parlamentario, cuya inmunidad escuda a veces vulgares delincuencias.

Es curioso refrescar el recuerdo de pasadas campañas.

Cuando el negocio ferrocarrilero de monsieur Donón, se habló de centenares de millones repartidos: tanto para dote de la... (aquí el tratamiento de elevadísima persona); tantos para el marqués de...; tantos para los que amenazaron obstruir, y tantos miles destinados a propinas.

Consumido estérilmente el fabuloso empréstito dedicado a construir una escuadra poderosa, algún lince descubrió en el insostenible resplandor de magníficos collares parte del aparato militar en que España confiara su defensa. Se escribieron artículos a millares, se habló en las Cortes por los codos; se abrió, como resultado de todo ello, una información parlamentaria, y... aún ignoramos oficialmente el por qué de la misteriosa infecundidad del patriótico sacrificio, que, bien utilizado, quizá nos conservara las colonias perdidas.

De aquella famosa *corte de los milagros* que hiciera las delicias de los maliciosos, coincidiendo con la popularidad de Pepe *el huevero* y la provisión de los altos cargos ultramarinos, no salió un sólo huésped para la corcel.

No pasa día sin que por unos ó otros motivos se hable de la íntima relación que existe entre los personajes de nuestros partidos políticos y las grandes empresas explotadoras de la riqueza pública—ferrocarriles, minas, consumos, bancos, correos marítimos, recaudaciones, etc., etc.—y en nada se quebranta por ello el prestigio de estos felicísimos mortales, que han logrado hermanar en su provecho intereses tan contradictorios como los del país y los de sus patrocinados.

Recientemente, en el último empréstito levantado por los conservadores, se probó hasta la saciedad la coincidencia de las más importantes inscripciones con el alegre descorchar del *champagne* en el banquete con que el Banco de España correspondía con los ministros a la saneada comisión, generosamente concedida. Y todo se explicó como obra de la casualidad inocentísima.

Ahora se afina más la puntería. Van los tiros dirigidos al primer yerno de la nación y a elevados primates fusionistas, supuestos padrinos de aprovechados segundones políticos. Y se ha llegado a hablar de ciertas increíbles conferencias encaminadas a pagar con la tolerancia del juego en Madrid determinadas benevolencias periodísticas.

Romero, oficiando como siempre de *tio Paco* de la política española, amenaza una vez más tirar de la manta que oculta nombres y personas, y, como el escándalo seduce, no faltan diputados dispuestos a secundar al infatigable expollo antequerano.

Pero es de temer que, como siempre, la famosa campaña moralizadora quede reducida a un torneo retórico sin finalidad personal alguna. A vuelta de muchos eufemismos y generalidades, las denuncias tibiamente formuladas apenas llegarán a tímidas y veladas alusiones; nadie seguramente se atreverá a pronunciar un solo nombre, aun siendo de sobra conocidos y en conversaciones particulares frecuentemente designados los autores, cómplices y encubridores de los combatidos, pero tolerados excesos de la fiebre del oro.

En vano el país sigue clamando, desde Que-

vedo, por un espíritu valiente. Todos pensamos lo que decimos, nadie dice lo que siente.

Y el resultado inmediato de tanta cobardía es el feudo á perpetuidad que sobre la nación ejerce una minoría descarada.

¡Dichosos frutos estériles del refinamiento de las costumbres!

Carga Demóstenes contra Esquines en su inmortal oración por la corona, y con la valentía, brutal si se quiere, de una época de hombres, exclama: «Tu madre fué una ramera, que cambiaba de marido cada día, y te educó entre vicios y liviandades... Tu padre era un esclavo... Por tanto, te rendiste á Filipo...» Combate Cicerón á César en pleno Senado romano, y publica descaradamente sus inmorales obligaciones con el rey de Bitinia.

Y esos son los dos más grandes modelos de oradores que en historia y en literatura vencen el olvido de los siglos.

El parlamentarismo moderno es otra cosa. Ha perdido aquella virilidad de las históricas tribunas, y en su afeminado decadentismo no hay diputado radical que niegue el título de *amigo distinguido* al más extremo de sus adversarios.

Y todo en él se reduce al simbolismo del inmortal Pucheta.

ARELIUGA.

## La sesión secreta

Es verdad que aquí se calumnia mucho, que la lengua anda suelta para juzgar á los hombres y para apreciar los sucesos por que tro carácter impresionable y ligero. Pero los responsables de esto son los hombres que dirigen los destinos públicos, que no han sabido dirigir al país por otros caminos, ni se han informado en una política viril y enérgica, en la que debieran resplandecer la instrucción, la moral y la justicia igual para todos.

Los hombres políticos no sólo deben ser privadamente honrados; es necesario también que lo parezcan, y que su conducta política sea tan intachable y tan cuidadosa como un padre de familia con relación á las gentes que constituyen el hogar de que es jefe y cabeza.

No podemos aplaudir el espectáculo que ofreció el Congreso español en la sesión celebrada el lunes, en que el presidente, encarnación suprema de la soberanía nacional (si el sistema parlamentario fuera lo que debe ser) se vió precisado á descender de su elevadísimo sillal para contender desde los escaños del diputado en cuestión tan capital como la que con la honra se relaciona.

¿Pero es que esos rumores, esas especies que sonaban en todos los oídos, y de que se hizo eco un periódico, son una falsedad, constituyen una invención calumniosa? ¡Ah! pues si es así, á los tribunales de justicia con el calumniador, y que en ellos responda á los cargos calumniosos. Para esto se necesita hacer costumbres; para esto es preciso que los mismos de arriba den el ejemplo, y para esto es preciso otra cosa más y muy importante, importantísima en un país que pretende y aspira á un puesto en el concierto de los pueblos libres, de las naciones autónomas, de las sociedades modernas.

En vez de esas denuncias diarias contra la prensa, las más de las veces sin motivo justificado, que concluyen en un sobreseimiento y otras van á terminar con la intervención de la gracia, limitense las inviolabilidades á los efectos de la crítica, reduciéndolos á lo único que puede tener este carácter, y obligúese á los periódicos á que no den noticias que no estén comprobadas en cuanto se relacione con la honra de las personas y con las cuestiones que afecten un interés verdaderamente nacional, y con esto se conseguirá que cuando la prensa se haga eco de rumores, habrá de probar la calumnia en el acto.

Pero ya se ve: como aquí todo está mixificado y vivimos en equívocos, y todo es ficción; como los gobiernos nunca cumplen sus compromisos, ni tienen fuerza en la opinión ni otro apoyo que el de amigos y paniaguados, fatalmente cuando los resortes morales se hallan flojos, tiene que suceder lo que ha sucedido: que se ha recogido de la calle la especie y se ha llevado al Parlamento primero, á la faz del país, en pública y abierta controversia, pero escondiéndose después en una sesión secreta, que es lo que no debía hacerse, cuando había sido pública la acusación y pública también la defensa.

Ahora, ¿qué queda para mañana del gran escándalo? Lo que queda siempre en estas cosas: de un lado la murmuración, y haciendo causa con ella, el quebranto de los prestigios de cosas y personas; y no es ciertamente el Gobierno quien sale menos desautorizado, porque él representa la política y el sistema que tan tristes espectáculos ofrece á la conciencia de los hombres de buena voluntad y de los verdaderos amantes de la Nación y del progreso. Hace falta sanear, pero es el ambiente público que respiramos, de que el escándalo parlamentario no ha sido más que un chispazo, y un síntoma de la verdadera descomposición en que vivimos bajo la dominación de estos patronos y tutores que han jugado con la fortuna, con el honor y con la existencia de este pupilo por fuerza, que se llama pueblo español.

La sesión secreta habrá preterido tapar, pero el pueblo está al tanto de todo.

A.

## De actualidad

La Comisión que entiende en el crédito para extinción de la langosta acordó la información pública.

La Comisión de presupuestos dictaminó sobre el proyecto fijando los plazos para la conversión de las deudas.

El lunes se discutirá ante la Comisión la ponencia de la ley de tesorerías.

Asistirán Urzáiz y Villaverde.

En Barcelona ha sido detenido el anarquista italiano Demarchi.

Se le conducirá á la frontera.

En el Senado Almodóvar lee un telegrama del Muni.

Terminada la delimitación, regresan los comisionados.

Niega que haya reclamaciones extranjeras con motivo de los sucesos de Sevilla.

Palomo pregunta sobre la certeza de la venta del Seminario de Sevilla.

Contéstale el arzobispo afirmativamente.

López Parra apoya una proposición de carretera.

El ministro resítese á aceptarla, y surge vivo incidente, interviniendo Tetuán.

Apruébase el artículo de la guardería forestal, y se levanta la sesión.

En el Congreso vivo incidente entre Mataix y González sobre los sucesos de Candelario.

Casido acusa á Urzáiz de haber infringido el decreto de 1899 sobre el estampillado exterior.

Orden del día: Reverter combate la acuñación de plata.

Reanudado el debate político, Villaverde pronuncia extenso discurso explicando su criterio respecto de los órdenes religiosos.

Sostiene que necesitan licencia de la corona para establecerse.

Rectifican Romero y Villaverde interviniendo Iñigaray y Vadillo.

La comisión de presupuestos cambió impresiones y dominó el criterio de no aumentar los gastos, dedicando las economías que se realicen á otros servicios.

Distribuyéronse los trabajos las subcomisiones.

Se discutirán primero los gastos, simultaneándose los proyectos especiales.

La minoría conservadora, presidida por Silvela, reunióse y acordó combatir el presupuesto, sólo en su aspecto crítico, sin extremar la oposición.

A la Habana llegaron los restos de Villamil, tributándosele honores militares.

El almirante Yanki, el cónsul y la colonia española acompañaron á bordo del *Montserrat*, que los transportará á la Península.

En Gijón proyéctase fundar el trust carbonífero de Asturias, con capital de 4,000 millones.

Hay pánico en la Maestranza del Ferrol por temor de falta de crédito para pago de jornales.

Londres.—Buller preséntase candidato á diputado contra el gobierno.

Un despacho oficial dice que hay peste bubónica en Liverpool.

La Directiva de la Asociación de la Prensa, reunida á excitación del Capitán Verdades, oyó las explicaciones sobre su conducta parlamentaria, acordando declararse incompetente por tratarse de una cuestión personal.

Dicen de Nueva York que en el estado de Carolina, del Norte, descarnió un tren que conducía la compañía ecuestre de Buffalo Bill, resultando muertos cien caballos.

Urquía envió los padrinos á Ortega y Munilla.

Es probable que intervenga tribunal de honor.

En Londres los anarquistas celebran reunión en honor de Gzolgosz.

Presidía el retrato de éste, rodeado de banderas rojas y negras.

Hubo violentos discursos.

En Leganés así-tirán los reyes al ensayo de la nueva táctica militar inventada por el comandante Burguete.

## El perro del 3.º de Cazadores

Nadie pudo fijar nunca con exactitud cuándo llegó el perro al regimiento, ni quién lo bautizó, ni por qué se unió al corneta Tobarra y no á cualquiera otro. El cabo Rodezno aseguraba que antes de ingresar él en filas lamía ya el perro las escudillas del rancho; y en cuanto á su amistad inquebrantable con el corneta, era misterio, ante

el que Rodezno se detenía, mordiéndose pensativo las gúfas selváticas del bigote.

Cuando empezó aquella horrible campaña entre nieves barros y temporales, la unión entre el corneta Tobarra y el perro era punto menos que idolatría del animal al hombre, y algo de paternal del hombre al perro. Tobarra recogía su turno de rancho y se iba con la escudilla á un rincón, al que el perro le seguía con matemática exactitud.

El perro se había llamado siempre *Chucho* para todo el mundo; pero al día siguiente de la acción de Campoterrones se le bautizó junto al vivac de los sargentos. Tenía el perro la piel blanca excepto en la cabeza, manchada de pintas negras; circunstancia que hizo pensar al conclave de aquellos heroicos varones en que el nombre de *Careto* no se despegaba gran cosa de aquel hocico que era como una careta caprichosamente salpicada de motas negras. *Careto* no pareció dar gran importancia á la regularización de su estado civil, y siguió lamiendo las escudillas con modestia digna de ser imitada, sin separarse un punto de las piernas cortas y nervudas de Tobarra.

Allá iba él, junto al corneta, por los baches de la carretera, ambos á la izquierda del coronel, jinete éste en su caballo, que salpicaba de barro negro al corneta y á su apéndice.

La jornada era penosa en extremo: toda la segunda división del tercer cuerpo de ejército subía las cuevas ásperas de la sierra; delante la caballería, que parecía una faja azul que cubría el camino; detrás los cazadores, y á retaguardia la artillería, que dejaba sobre los campos un reguero de rodajes profundos. Así llegaron al alto de la cordillera, donde comienza la meseta de Astondo; llanura extensa sembrada de aldeas, que despertaban asombradas al sentir en sus calles de tierra pegadiza el ruido de aquel ejército que marchaba apresurado y como sediento de desentumecerse en el calor del combate.

Iba *Careto* con las orejas caídas, todo mojado por el barro que sobre él echaba el caballo del coronel, y mirando de tanto en tanto al corneta Tobarra, no más limpio que él.

En la llanura comenzó á oírse el rumor indefinible de la batalla que empezaba, con chispazos que centelleaban en las lomas y masas que se movían entre el límite verdegeante que medio borraba la niebla.

El tercer cuerpo se batía; primero el coronel, y después el regimiento entero, se detuvieron maquinalmente al sentir, antes de lo que se esperaba, la respiración de la lucha, sabuesos de la guerra que sentían próxima la ocasión de dar en carne vencida. El coronel miró atrás, vió los ochocientos rostros de sus hombres, y sacando los gemelos de campaña se alzó un poco sobre los estribos y enfiló la vista hacia hacia el sitio en que saltaban los fogonazos de la artillería.

Luego guardó apresuradamente los gemelos, tiró con nerviosa vivacidad del sable, y volviéndose un poco, gritó:

—¡Paso ligero, Tobarra!

El corneta desenganchó el instrumento y tocó; las primeras filas, que habían oído la voz del coronel, comenzaron á trotar sobre los charcos, y el regimiento aceleró el paso. *Careto* ladraba entre las patas del caballo del coronel, como si la faena en que el regimiento iba á meterse acercase la hora problemática del lamido de las escudillas del rancho.

Por la derecha, junto á la aldehuela de Tiznabueyes, creyó ver el coronel algo que se movía, algo que aparecía negro á tanta distancia, como si el barro se hubiese encrespado y avanzase hacia el regimiento. El coronel se volvió.

—¿Qué es aquello, Tobarra?—preguntó.

El corneta miró, sin dejar el paso ligero.

—Caballería, mi coronel.

—¿Ves cuánta?

El sargento Rodezno, que iba en la primera compañía, se adelantó:

—¡Dos escuadrones, mi coronel!—dijo.

Tobarra tocó alto: la masa negra avanzaba como una mancha que se corría con cierta rapidez. A la izquierda se batía el tercer cuerpo; era evidente que la caballería llegaría hasta el regimiento antes que éste pudiera unirse á su división, que era, sin duda, lo que la mancha negra quería impedir.

La caballería y artillería que iban detrás del regimiento se habían quedado en Villagusana; el regimiento estaba sólo, y la mancha se agrandaba, dejaba de ser una masa, se desarticulaba en filas y cuadros, chispeaba de vez en cuando con reflejos metálicos, y se iba sobre el regimiento como una inundación.

Entonces se detuvo bruscamente el coronel, y Tobarra tocó alto. Se mordía el viejo aquel el labio inferior, cuyo movimiento hacía temblar su peilla entrecana, y miraba fijamente á la caballería que avanzaba. Al salir del límite oscuro

del bosque de Tiznabueyes, pudo verse que eran lanceros; flotaban los banderines de las lanzas enristradas al nivel de las cabezas de los caballos como una cinta de vivo color, y se abarcaba ya con claridad la masa entera de hombres echados hacia adelante sobre la perilla de la montura. Fué como una idea que surgió al mismo tiempo en todo el regimiento: no era posible resistir aquel formidable empuje de la caballería.

Los ochocientos cazadores esperaban inmóviles sobre las armas: el coronel se volvió, pálido de rabia; desenvainó el sable, que al salir de la vaina de acero sonó como una nota rápida y rasgada, y con acento breve mandó á Tobarra una serie de toques. El regimiento se dislocó, se extendió en líneas, luego en otras más espesas; los oficiales se concentraron con la música en un punto, y alrededor de este punto fué condensándose la masa de tropa en cuatro filas, hasta formar el cuadro. Tenía cierta grandesa aquel regimiento que apelaba al recurso supremo, mientras la masa de caballería se abría como un enorme compás. Ladraba el perro del regimiento, y Tobarra, bajándose un poco por detrás del caballo del coronel, le sujetó por las orejas. Dos frentes del cuadro se encendieron en luz, y la caballería se detuvo un momento, el suficiente para saltar por encima de diez jinetes que se revolaban en el suelo con sus monturas.

Entonces salió del cuadro el perro por entre las piernas de las cuatro filas, azuzado primero por Tobarra y después por los demás, y parió, saltando con un admirable instinto de propia defensa. Llegó á encontrarse con los primeros jinetes, é hizo una buena presa en los belfos de un caballo, que retrocedió y se puso de manos. La avalancha que venía detrás se arremolinó, rodaron los caballos, se rompió la estrecha y ordenada fila, y el regimiento que esperaba, vió desaparecer al perro entre la masa confusa de los caballos; los oficiales se echaban sobre el montón hirviente dando rabiosos sablazos, y la corneta de Tobarra concluía una serie de notas rápidas que deshacía el cuadro y ordenaban el ataque á la bayoneta. ¡Cómo huía luego la masa negra hacia el bosque de Tiznabueyes, y con qué enérgico y duro sonido seguía tocando Tobarra el paso de ataque!

Ya de noche, el sargento Rodezno con un menguado farorillo, y Tobarra con azada al hombro, buscaron en el montón, palpitante todavía, al perro del tercero de cazadores.

Allí estaba, bajo el vientre de una montura, hecho una pitufia sangrienta y llena de barro, con los blancos dientes profundamente hincados en los belfos del caballo.

Y en el silencio de la noche, solamente interrumpido por el rumor del tercero de cazadores, que vivaqueaba entre la niebla, aquellos dos hombres duros arrastraron un buen trecho los despojos de *Careto* hasta meterlos en un hoyo, que abrió conmovido Tobarra debajo de un chapararro.

Luego, al regresar al campamento con las cabezas sobre el pecho, se paró un momento el sargento Rodezno y dijo:

—Pobre animalito... ¿eh, Tobarra?

El corneta Tobarra no tuvo nada que contestar á aquel recuerdo del perro del tercero de cazadores, y siguió andauado con la cabeza baja y la azadilla al hombro.

FEDERICO URRECHA.

## Crónicas teatrales

EN SAN FERNANDO

Nuestros presentimientos quedaron cumplidos. *La de Rocales* fué un éxito franco, ruidoso, merecido... Se aplaudió por igual y con el mismo entusiasmo el mérito literario de la producción escénica, y al autor de ésta que tan halagadoras promesas para «el mañana» revela en su primera obra.

¿Pierde honradez el alma con la prostitución del cuerpo?... Hé ahí la tesis de la comedia de Cruz. Desde aquel tiempo en que Cristo absolvió de pecado á la Magdalena, porque había amado mucho, se ha escrito tanto sobre ese asunto, que nadie podrá conceputar el argumento de original. Uno de los maestros de la literatura contemporánea, Jacinto Octavio Picón, en un cuento de belleza extraordinaria, nos presenta á la pecadora entrando en la corte celestial por entre filas de querubes que entonan cánticos á la mujer cuyo cuerpo estaba lacerado por todos los males terrenos, pero cuya alma se había conservado pura.

El Omnipotente permita la entrada á la mujer que pecó, con todos los honores que se tributan en el cielo á los elegidos, y mandaba al mismo tiempo al Limbo á una monjita que se pasó la vida recluida en un convento, por haber sido su paso por la tierra infructuoso.